

Los portugueses y el futuro

Eduardo Lourenço

Sólo el pasado está a nuestra disposición. Con él imaginamos el futuro. Pero hay dos maneras de servirse del pasado para construir lo que, por no tener más remedio, llamamos futuro. Una es tener pasado como si no lo tuviésemos. Es la manera de la infancia y de las culturas de puro presente. La primera, por no haber entrado todavía en el «tiempo»; las otras, porque viven en un tiempo de repetición, como el antiguo Egipto y la vieja China. En realidad, todos los pueblos viven, a su manera, en un presente inmemorial, en un simulacro sensible de su imposible eternidad. La otra manera es la de tener esencialmente, o a modo de fijación hipnótica, *sólo* pasado, es decir, *ser* simbólica y apasionadamente pasado. Esto sólo le está permitido, sólo le es posible, a quien, ya se trate de una cultura o de un destino individual, tuvo un presente que a los ojos de otro, o a título de memoria, fue un acontecimiento arquetípico, un momento glorioso a partir del cual se ordena y jerarquiza, en relación a lo que haya venido antes y venga después, la lectura de la Historia. Poco importa que ésta se comprenda a sí misma como universal —como lo fue la del Imperio Romano— o como particular y mítica, a la manera azteca. Estas dos «historias» no existieron en función de ningún Futuro. Sus futuros eran simplemente el presente prolongado, y éste sólo tenía espesura y consistencia por asumir con naturalidad un pasado de esplendor efectivo o mítico. Tras la destrucción de Cartago, Roma no tendrá ya enemigos. O, al menos, enemigos capaces de robarle el presente, incluso cuando éste se convirtió en un largo crepúsculo. Como Inglaterra no los tuvo después de que Waterloo le asegurase un presente imperial de casi siglo y medio. Y con él, una forma dinámica de incorporar a ese presente un Futuro que no fue, o no es, más que el fantasma de un pasado realmente asumido y consumido con la evidencia del presente, aunque sin su fugacidad.

En este fin de milenio —al menos para nosotros, occidentales— el pensamiento de un Futuro o, más modestamente, su imaginación, pues sólo de ese modo nos es dado lo que no existe ni existirá jamás, es una función de los *pasados*, ninguno idéntico, a partir de cuya muerte o metamorfosis anticipamos o inventamos la figura específica del Futuro. Sólo desde una perspectiva abstracta o sin una apropiación vivida, por cada cultura o por cada

destino personal, tiene sentido la idea de un Futuro para la Humanidad. Habrá Futuros. Ya los hay, pues por razones diversas el cálculo, la esperanza, el sueño, la utopía, que son la substancia ya incorporada en nuestro presente, cohabitan con nosotros y guían todos nuestros pasos y pensamientos. Pero, a la par, cohabitan y nos guían de diversas formas, por ser diversos y felizmente irreductibles, «los pasados» de los que ellos son la lógica, aunque también la imprevisible y ficcionada, configuración. Es difícil llamar Futuro al porvenir de quien no tuvo realmente pasado. Ése es el caso de algunas culturas sin Historia entendida ésta como memoria a la que se está permanentemente acudiendo –y sin tecnología, que no es más que una botella de coca-cola caída del cielo, como en la conocida película sudafricana *Los dioses deben de andar locos*. Según este orden, la aparente mundialización, la del *hamburger-connection*, es puramente ilusoria. Tal vez se pueda inventar el pasado que no se tuvo, ni como individuo ni como pueblo, y, sobre todo, tal vez se pueda construir un presente que será más tarde un fabuloso e inspirador pasado, pero esa ficción no consuela ni enraíza a nadie en sí mismo, como la de quienes «traen el pasado robado en el bolsillo». No tener pasado le retira anticipadamente al Futuro su peso de sorpresa, e incluso toda su significación.

Con el fin –o la misteriosa evanescencia– de Europa como «civilización de historiadores», según la célebre imagen de Lucien Febvre, la presencia del pasado en nuestro presente sufrió una mutación profunda. Y con ella el modo de relacionarnos con el Futuro. Aquel «pasado» constitutivo de nuestra manera de ser europeos –existencia en tres dimensiones, vividas al mismo tiempo como distintas y coexistentes, de perfil agustiniano– no tiene hoy el mismo papel que tuvo en el siglo pasado. Se volvió múltiple y abstracto. Es materia y horizonte del *métier d'historien*, no memoria o memorias vividas, ni siquiera bajo la forma mítica. Si, como deseaba Nietzsche, el pasado ha dejado de convertirnos en cadáveres, también ha dejado de alumbrarnos para sublimar el presente. Trastocó, sobre todo, la convicción europea de que nuestro pasado –ejemplar por excelencia– era el pasado del mundo o de un mundo –el único– que quería saber y sabía de dónde venía, dónde estaba y adónde iba. Para el Futuro, precisamente. Para el futuro de Europa y, con él, para el del resto del mundo. Era esta la historia que contábamos en familia y que de súbito perdió su credibilidad. El pasado es sólo *nuestro* pasado, y el Futuro, si lo hay, será de todos y de nadie. Pero siempre según lo que cada pueblo o cultura haya vivido y no vivido como pasado. Y de la manera como lo haya vivido.

Todos los pueblos y culturas son una multiplicidad de «tiempos». Son ellos los que condicionan la relación con el Futuro. Ni aquéllos que no tuvieron lo que ellos mismos consideran su pasado, es decir, una vida y un

destino particulares sedimentados en la memoria y anclados en la duración, ni aquéllos que desde su aparición en la Historia ya eran *antipasado*, como América, han problematizado su relación con el Futuro. Los primeros, en puridad, no tienen realmente *presente*. Los segundos están ya en el futuro, son sólo Futuro. Naturalmente, la evocación de esta tribu futurante le viene como anillo al dedo a Estados Unidos. Sólo ellos fabrican realmente ese futuro que el planeta entero, salvo Japón y algunos polos de invención, consume como presente e incluso como pasado. Sobre todo, y en eso nadie le hace sombra, reciclan su joven pasado de nación emigrante en epopeya futurista. Quitando Estados Unidos, en todos los rincones del mundo millones de hombres viven su relación con el tiempo, por puro mimetismo, en esa dimensión en que el pasado dejó de ser recuerdo y el presente apenas se distingue de la pura virtualidad.

Como destino colectivo y como cultura, sólo Estados Unidos vive con naturalidad un presente animado por la opción hegemónica del Futuro y un Futuro –ya sea imaginado como paradisíaco o como infernal– despojado de connotaciones racionalistas y utópicas, específicas de la imaginiería europea. Esta imaginiería se alimenta de nuestra relación inquieta con la temporalidad en general, y más concretamente con la sucesión y la pluralidad de tiempos que desde Homero y la Biblia han ido acumulándose, estructurándose, combatiéndose y rechazándose, en un inextricable volver una y otra vez sobre ellos mismos. Estados Unidos, como pulsión futurante, energía empeñada en rehacer un universo que retrospectivamente sea la lectura de la historia de la humanidad como americana, separa su tiempo propio del nuestro de europeos. Tan profundamente, que es este tiempo europeo el que combaten en ellos mismos, inmersos ya en una guerra de las galaxias cultural de la que nosotros, europeos, no somos más que meros espectadores. Para nosotros, europeos, es para quienes verdaderamente tiene sentido el célebre título de Alvin Toffler *El shock del futuro*. Estados Unidos ya es, y lo será cada vez más, ese choque que no viene tan sólo del futuro, sino que lo integra en su presente, desde que despegó, así que puso el pie en la Luna, del tiempo humano retrasado, sobre sí mismo del resto de la Humanidad.

Estados Unidos aquí es, naturalmente, y en primer lugar, el país de Lincoln y de Edison, pero también el inmenso archipiélago de saber y voluntad de estar en el futuro, anticipándolo, constituido por todos los puntos del continente inventivo e imaginativo en que el deseo de Futuro y su emergencia no son vividos pasivamente. Así como Pessoa pensaba que había Platones y Homeros en las máquinas reales o futuristas, por donde pasaba nuestra alma moderna en busca de un nuevo Dios, en esos puntos luminosos, ya estén en Corea, en África del Sur, en Brasil o en Portugal, el tiempo americano, en lo que tiene de específico, nos hace compartir ese Futuro

en el que todo se transfigura o se inventa, hasta el pasado de quien no lo tuvo con tanta complacencia como nosotros. Es significativo que Estados Unidos, en su expresión mitológica, viva por anticipación ficcionada y, preferentemente, en un Futuro de escenarios esplendorosos o terroríficos que hoy en día son el alimento no sólo de las imaginaciones infantiles de todo el mundo, sino también de las imaginaciones humanas infantilizadas. Para habitar con tanta naturalidad el Futuro es preciso no haber tenido realmente un pasado utópico, como el de las viejas civilizaciones o culturas, donde el presente se reposa un poco de su exceso de pasado.

De cualquier forma, no se piense que el pasado no tenido como historia de familia –incluso reciente–, o el misterioso pasado común como seres humanos, o el de las criaturas extinguidas que nos precedieron, no le hace falta a la imaginería americana inmersa en el futuro. De su pasado próximo han exhumado y exhuman sin cansarse la gesta del Oeste, vendiéndosela al mundo entero. Su generosidad –o recóndito sentimiento de culpabilidad– les lleva incluso a resucitar a las víctimas de esa gesta, al punto de querer pasar ahora por aquellos indios masacrados que fueron la cara humana de un continente para el que Occidente no llevaba nombre alguno. Indios sí, pero con el blanco semblante de Kevin Costner. Por allá no paran de descubrir Aquiles y Héctores, precisamente en el momento en que Europa se despide de todo, no sólo de los clásicos héroes homéricos, sino también de los Horacios y Curiacios, o de los más próximos Cides, Corteses, Albuquerque, Condés, reducidos a héroes provinciales. Para nuestro consuelo, los héroes reales de la mitología europea son literatura, criaturas sin muerte posible, hijos de Shakespeare, de Cervantes, de Dickens, de Flaubert, de Tolstoi o de Dostoievski, o iconos literarios donde texto y autor se confunden, como Byron, Rimbaud, Kafka, Artaud o Pessoa. ¿Todavía siguen teniendo ellos poder para darnos otro Futuro, en un tiempo que no sea esencialmente el del conocimiento objetivo del mundo y su manipulación sin fin, a un tiempo real y virtual, como ocurre en el mundo imaginario americano en vías de convertirse en universal?

Si ésta es una interrogación para los europeos en general, que, tras haberse retirado de las orlas imperiales donde se imaginaban instalados por derecho divino, regresaron más o menos gloriosamente a los «viejos balcones» evocados en el *Bateau Ivre*, aun más sentido tiene para ese navío-nación al que llamamos Portugal. Ningún barco europeo está más cargado de pasado que el nuestro. Tal vez por haber sido el primero en soltar amarras del muelle europeo y el último en regresar. Hay naciones en Europa, ya sean pequeñas o grandes, con un pasado tan largo y tanto o más «glorioso» que el nuestro. Holanda, Inglaterra, Francia, con su genio en la continuidad y en la ruptura, Alemania, que son varios pasados, las múltiples